

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. BERNARD

—Seré capaz de morirme, si no se casa con mi hija.
—¡Oh, señora, por Dios!... No pido tanto.

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ

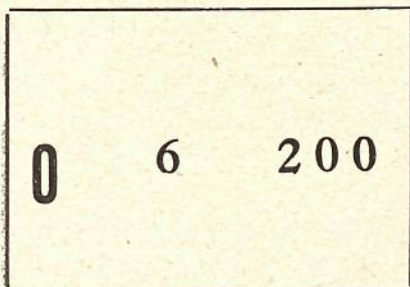


LOS TAMBO
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER & COMP
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

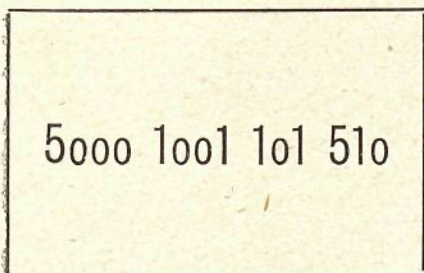
SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

25.—Son las aves



26.—Los golfos no lo tienen



27.—Charada

Dos tres, una todo primera cuatro, mírela que dos cuarta, ¿quiere que la una cuatro y la cure?

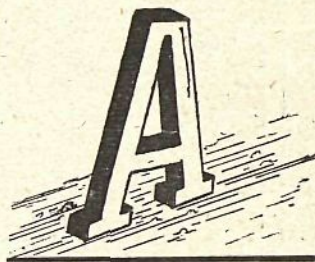
—Sí, para que nos primera dos todas las aves del gallinero, ¿no sabes que ese bichejo se cuatro dos un par de pollos diarios?

—Entonces se la llevaremos a la una, dos tres de la bohardilla que es la protectora de los animales dañinos.

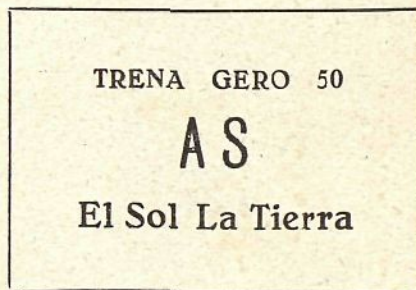
28.—Es muy valiente



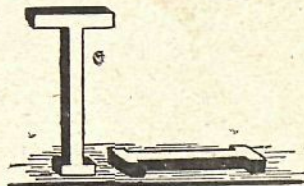
29.—Hoy es muy corriente



30.—Una brillante carrera

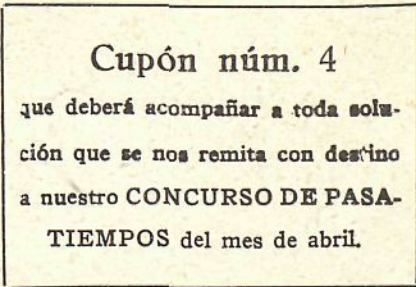


31.—Por andar en líos



**SOMBREROS
BRAVE
6·MONTERA·6**

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRE TAS, 7



**EL INMEJORABLE
PAPEL DE FUMAR**



**EMBROCACI3N
"HÉRCULES"**

LINIMENTO suave y limpio
Cura REUMA, DOLORES,
GOLPES, CONTUSIONES,
LUMBAGO, ETCÉTERA.

Unico producto español que es fá-
cil y absorbible por la piel de-
tándola blanca y fina.

VENTA: Principales Farma-
cias y Centros farmacéuticos
Autor: G. Fernández de Mata
La Bañeza (Leon)

**BUEN HUMOR lo vende en la
ISLA DE CUBA
CULTURAL, S. A.**

PROPIETARIA DE
La Moderna Poesía, Pi y Margall, 135
Librería Cervantes, Avenida de Italia, 62
HABANA

LAMINOR

Exijan joyas, relojes LAMINOR, único doublé
oro 18 quilates.—Garantía: 10 años.—Venta:
joyerías y bisuterías finas.
Agencia Laminor: Apartado 355-BARCELONA



El vendedor de segunda mano.—¿Qué le pasa a usted que se queja tanto?
El comprador.—¿Quejarme? ¡Pues que todas las piezas de este cascajo
que me ha vendido usted como automóvil, hacen ruido, menos la bocina.

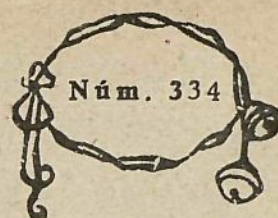
De The Passing Show.



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 22 de abril de 1928



D. FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES

EN ESTOS MOMENTOS EN QUE TODA ESPAÑA CELEBRA EL PRIMER CENTENARIO DE LA MUERTE DE GOYA, NOSOTROS AUN SINTIENDO MUCHO, VAMOS A DAR LA NOTA DISCORDANTE, Y ES QUE EN ESTA CASA TODO LO QUE SE RELACIONE CON EL FALLECIMIENTO DE UNA PERSONA QUERIDA, NO LO CELEBRAMOS, SINO QUE LO SENTIMOS MUCHISIMO. SOMOS ASI DE SENTIMENTALES Y MAS SI COMO EN LA PRESENTE OCASION, SE TRATA DE ALGUIEN QUE, COMO A DON PACO, ADMIRAMOS Y RESPETAMOS PROFUNDISIMAMENTE. TAN PROFUNDISIMAMENTE QUE DECIRNOS "¡GOYA!" Y QUEDARNOS ABSORTOS Y BOQUIABIERTOS DESDE EL DIRECTOR HASTA EL BOTONES, ES TODO Y UNA MISMA COSA.



Hemos estado dudando durante nuestros buenos veintisiete cuartos de hora, entre publicar o no, estos "monos". Al fin ha triunfado el criterio de la benevolencia y nos hemos decidido a sacarlos del anónimo, tanto para que a su autor le sirva de estímulo, como por habernos enterado posteriormente de que es paisano de nuestro querido director. Para nosotros esto del "paisanaje"—sin ofender a los militares—es una cosa de las más respetables.

CHARLAS DOMINICALES

¡Es imprescindible!...

¡Tal como se han puesto las cosas, tenemos que estudiar hoy "el piropo a través de las Edades"!...

¡Este sería el motivo de nuestra "charla"; y el motivo, tal vez, de que nos tomen ustedes tirria!...

¡Pero no hay otro remedio!...

Y conste que no se trata aquí del piropo dirigido a la tobillera, a la mujer madura, o a la vieja de buen ver... Las "Edades" a que nos referimos, son con *E* mayúscula... "Edades" históricas, como quien dice.

Desde luego, y entrándonos por el Paraíso, observamos que Adán *chico-lea* a Eva.

Eva, con su manzana en la mano, es

la *niña-fruta* más linda de aquellos jardines.

Nuestro padre la ve pasar y exclama:

—¡Olé, las mujeres!... ¡Es usted la *primer hembra* del mundo!...

Y tuvo razón nuestro primer padre, en esta segunda parte de su piropo.

Precisamente por ser Eva la *primera* mujer de la creación, no pudo Acán añadir:

—¡Viva tu madre!

Tal piropo hubiese equivalido a piroparse a sí propio, diciendo:

—¡Viva mi costilla!...

Ya que la madre de Eva fué la costilla de Adán. (¡Y que no se enteren en la calle de Cea Bermúdez de todo este lío de *costillas*!)

Andando el tiempo, las *flores* lacustres y los *piropos* de la edad de piedra, sonrojan a ciertas hembras primitivas. En la época del "iguanodón" se estila mucho lo de

—Menuda lagarta, está usted hecha!...

Y en el período neolítico, aunque no hay reglas fijas, se formulan *ingeniosidades* propias de tal período.

La época de las cavernas, se distingue por la escasez de requiebros. Algún cavernario ofrece *poner piso* a alguna *gachí* de Altamira; pero no se pasa a mayores... ofrecimientos.

El piropo, entre griegos y romanos, adquiere gran elegancia.

—¡Vaya nariz, mi querida griega!—

dice Antonio a Cleopatra, reina de Egipto.

—¡Me gustan las mujeres *de peso!*— exclaman los romanos, ante las *romanas*, que entraban *con todo...*

¡Y la vida erótica se desliza entre saturnales, bacanales, y flores... tales!

Un piropo nuevo nos trae a España la Edad Media.

Es ante una infantina de la Cerda, ante la que se pronuncia, por primera vez, aquello de:

—¡Está usted *jamón!*...

Así como, el descubrimiento de América, nos hace oír, también por vez primera, lo de:

—¡Negra mía!...

¡Claro que el medio evo no fué el período más indicado para los piropos: y reina hubo, como Doña Inés de Castro, a quien nadie dijo:

—“¡Por ahí te pudras!”—pudiéndoselo decir, con cierta razón, a última hora...

Las cruzadas, los castillos, las guerras feudales, no son terrenos abonados para el piropo. La mujer vive encerrada; y al *trovador* que se descuida, le cuelgan de una *antena* (para que oiga la Radio).

A la hembra medioeval es peligrosísimo decirle una *flor*.

¡Cualquiera va con piropos a la Castellana!...

¡Cuán distinto de lo que ocurre en nuestros días!...

Los tiempos actuales son prolíficos en galanteos. Y las pocas mujeres a las que aún no nos *hemos comido*, están *asadas*, lo que se dice *asadas*...

Madrid es la escuela de los Tenorios ingeniosos.

Por este motivo, habrán ustedes observado que en este breve estudio histórico, nos hemos saltado el siglo *diez y ocho*...

¿Versalles?... ¿Para qué?...

¡Allí no eran *castizos!*...

LUIS DE TAPIA

REVISTA DE TOROS

—¿Quieres—me dijo *El Barquero*—hacer por mí la *reseña*?

—Con mil amores—le dije.

Y la hice de esta manera.

“El puerto de la torila se abrió, y asomó por ella una toraza muy gorda, una sin par jabonera.

Las picadoras salieron en cuanto la presidenta hizo sonar las clarinas. La bicha traía fuerza y, siguiendo a una peona, destrozó una burladera.

La dió seis buenos verónicos la *Galla*. Después *Farnesia* la señaló dos puyazas y dos o tres la *Venena*. En las quitas realizaron los espados mil proezas.

Fallecieron tres caballas, mejor dicho, tres jamelgas, que, en las embitas, quedaron con todos los tripos fuera.

Después, la *Sorda* y la *Cuca* tras pares de rebiletas o garapullas clavaron, sino en la morrilla, cerca.

Pablita sufrió un cogido al ir a cerrar la tercia de banderilleros. La tora le empitonó por la vientra,



Dib. CHOLIN.—Suiza.

—Si el médico te dijera que no te quedaba más que un mes de vida, ¿qué harías?

—Buscar otro médico.

y aunque le hizo una rasguña (con la pitona derecha) se tuvo el doctor Segovio que encargar de su asistencia.

Saltó la res el barrero por la tendida novena, y, al fin, de matar la bicha llegó la grave momenta.

Con el montero en la mana se dirigió la maestra a brindar al presidencio la muerte de aquella bueya.

Con el muleto y la estoca se fué decidido a ella y, tras la pasa del muerto, la dió tres pasas de pecha y cuatro o cinco por baja, para una pinchaza en huesa y una estocada hasta el bolo, (no en el tablo de la cuella como acostumbra). Entre palmos y olas, dió el vuelto a la rueda.

Cortó el orejo y la raba; saludó desde las medias; arrastraron los muillos a la mansa jabonera... y no hubo más”. Y aquí acaba mi extravagante reseña de un toro. Gracia no tiene; pero tiene forma nueva... ¡que ya es algo en estos tiempos en que la rutina impera!...

JUAN PEREZ ZUNIGA

Elaboración artificial de la neurastenia

Desde que mi mala cabeza me puso en el antipático trance de tener que elaborar atrocidades humorísticas con más frecuencia de la que debía estar permitida por las autoridades, juro por una cruz de brillantes que ningún relato de los que han salido de mi acerada pluma me ha costado más fatigas, más esfuerzos, más vigili-
gias y menos platos de carne que el que hoy voy a someter a la estupefacción de los escasos lectores que me van quedando.

No es que la narración sea dramática y yo no disponga de los acentos viriles que requiere todo drama que tenga vergüenza... No es tampoco que el asunto sea escabroso y haga falta para tratarlo ser un Bocaccio de Cardenale o un Aretino de *doublé* o un Plauto de postre... No es, desde luego, que el tema de la historia sea político, y que yo, que no conozco más política que mi mamá ídem, tema que el tema se me vaya por la tangente de los líos domésticos... ¡No es nada de eso, no, de ninguna manera, no es por ahí, no se trata de ninguno de dichos aspectos!... ¡Es que la narración que me propongo perpetrar, se refiere a un asunto de dinero, y me falta la experiencia necesaria y la osadía consiguiente para hablar de una cosa que no conozco, y que ya, a mi avanzada edad, desespero de conocer!...

Sin embargo, después de esta confesión, parece que mis escrúpulos disminuyen; y como ustedes son encan-

tadores y se hacen cargo de todo, me lanzo con frenesí a la confección del cuento, pidiéndoles a ustedes perdón por leerlo, y al director de BUEN HUMOR ocho duros porque ustedes lo lean, que es en resumen la única explicación lógica de este relato: las cuarenta *beatas* devotísimas que acabo de nombrar.

Pero, en fin, dejemos la cuenta y vamos al cuento, que los preámbulos dan dolor de cabeza y gastan tinta sin utilidad apreciable. Y el cuento es este:

Zacarías Palomino era natural de Cogolludo, aunque en la época de su lactancia, además de ser natural, fué de pecho. Pero, bueno, esto se acabó en seguida, y Zacarías siguió siendo únicamente natural, hasta el día que se murió, que concluyó por no ser nada, triste consecuencia que nos está reservada a todos. (Paréntesis: si esto lo dice, en lugar de un servidor de ustedes, el doctor Marañón, produce asombro y rumores en el auditorio... Yo no produzco nada, yo lo sé. Fin del paréntesis).

He dicho que cuando Zacarías murió, no fué nada; pero no he dicho, y lo voy a decir ahora, que antes de morir fué un avaro repugnante, un asqueroso idólatra del dinero, un apilador inmundado de monedas de a perro gordo, un nefando y pestífero coleccionador de Amadeos barbudos y de cruponíqueles carabelescos, y un criminal e inverecundo cortador de cupones, de esos que hacen cola en el banco, para diferenciarse de los apren-

dices de carpintero que hacen cola completamente de pie.

Ustedes, que no son avaros, porque si lo fueran no se gastarían cuarenta céntimos todas las semanas en esta popular revista, sentirán por los avaros el mismo heroico desprecio que yo. Queda, pues, cómodamente sentado que ustedes desprecian a los avaros, y prosigo.

Zacarías Palomino, como todo avaro, era usurero, y como todo usurero, era un hombre de alma complicada; y como todos los hombres de alma complicada, era un sinvergüenza.

Y como todos los sinvergüenzas, tenía suerte.

Y como todos los que tienen suerte, estaba encantado de la vida.

Y como todos los que están encantados de la vida, tenía una salud que era un escándalo.

Y no digo más, porque adivino que se están mosqueando ustedes ligeramente.

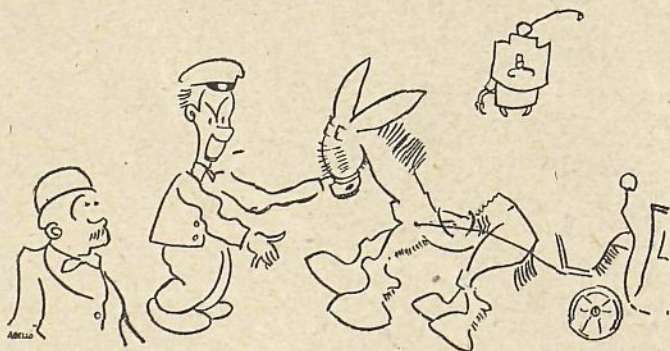
Pues, bueno, no creo que habrá que advertir que la excelente salud de Zacarías Palomino le había proporcionado una de las mayores felicidades de su avariciosa existencia: ¡el no tener que gastar un céntimo en médicos!

Claro es que Zacarías no gastaba un céntimo en nada, porque, como los *chauffeurs*, iba de gorra a todas partes; pero, en fin, bueno es hacer constar que, como los médicos no fian ni convidan como los demás pobladores del planeta, si Palomino se hubiese puesto malo y hubiera necesitado que los médicos le hiciesen visitas, las habría pagado todas juntas, como todos los miserables de su ralea las debían pagar.

Pero, ¡ay!, ni la salud es perdurable, ni la felicidad es eterna ni el dinero es permanente. La salud se cambia en enfermedad; la felicidad se cambia en desventura, y el dinero, no digamos: se cambia en dos minutos...

Consecuencia de estos aforismos, fué que Zacarías purgó en un momento todas sus monstruosas culpas, en la forma elegantemente sencilla que voy a tener la gentileza de referir.

Una noche iba por la calle de Serano (calle que se llamará de la Venta de los Gatos el siglo que vie-



Dib. ABELLA.—Madrid.

—¿Qué te pasa con el caballo?
—Que no quiere tirar y recula.
—¡Pues engánchalo al revés, hombre!

ne, si el Ayuntamiento es justo); y, como siempre que iba de noche por una calle aristocrática, marchaba mirando al suelo, cosa que hacía desde un día memorable en que se encontró una colilla de habano y la apuró con la misma furia con que apuraba a los que le debían dinero.

De pronto, Zacarías llevóse la mano al sitio donde hubiera tenido el corazón si no hubiese sido un cochino, y lanzó un alarido espantoso.

En el suelo había un billete maravilloso de mil pesetas, mucho más maravillosas todavía.

Otro que no hubiera sido Zacarías (¡yo, por ejemplo!), se habría precipitado sobre el pápiro con ansia senegalesca, lo habría mirado amoroso y hasta se habría gastado una parte de él en el colmado o *cabaret* más próximo. Pero la pestilente avaricia de nuestro héroe le hizo recrearse más tiempo del debido en la contemplación del objeto de sus anhelos; y en este tiempo se dilató su pecho seis veces, se le pegó la lengua al paladar ocho ídem, se le erizaron los cabellos doce y media y le vibraron los omoplatos y el peroné cerca de un centenar. Se puso pálido, se puso rojo, se puso sudoroso, se puso frío y hasta se puso en cucullas para examinar con más detalle aquella extraviada riqueza.

Y todo esto le perdió.

Porque cuando, a las dos horas, se decidió a alargar la mano hacia su delicioso hallazgo, vió con escandinava sorpresa que el billete era un anuncio, que venía a decir la siguiente ingenuidad:

"El doctor Capravini garantiza la curación de todos los estados nerviosos, por graves que sean. Consulta: Mayor, 203."

Zacarías Palomino, en el momento de leer lo antedicho, emitió un gruñido, sólo tolerable en el Matadero Municipal, y cayó al suelo, presa de un ataque tan genuinamente nervioso que a las tres horas y cuarto no lo habían podido dominar cuarenta guardias, diez y ocho serenos y un transeunte vallisoletano que se congregaron en el lugar del suceso.

Brillantina E MIL MAT

Lo mejor contra las canas



Dib. SORAVILLA.—Madrid.

—Me indignan las mujeres que hablan mucho. Yo me he de casar con una muda.

—¡Con una "muda"!... ¡Hombre, me parece poco!

¿Tendré que añadir que Palomino se gastó todos sus ahorros en consultar a Capravini la enfermedad nerviosa que adquirió?

¿Tendré que añadir que la enfermedad no se le curó nunca, y que los ataques acabaron por ser más bárbaros que los que sufrió Verdún en la Guerra Europea?

Porque éste era precisamente el *truco* del doctor: anunciarse en billetes de mil pesetas para producir la en-

fermedad en la que era especialista.

El buen galeno conocía el corazón humano, y sabía que ver mil pesetas en la calle y ponerse neurasténico perdido, era cosa de un minuto escasísimo.

¡Mira si me coge a mí!

¡Que no lo cuento!

¡Y qué felices hubieran sido ustedes si yo no lo hubiera contado! ¿Verdad que sí?

ERNESTO POLO

Poético canto a la criada

Aunque alguien no le vea la tostada,
voy a entonar un canto a la criada,
que es el humano sér que me parece
que más que nadie un canto se merece,
producto de una mente acalorada...

¡Oh, maritornes tímida y sencilla
que lo mismo elaboras la tortilla
y el jamón con tomate,

y el matinal y espeso chocolate,
que rompes la vajilla!...

¡Oh, virginal e ingenua cocinera
que cantas con deleite
el pasodoble de *La Calesera*
mientras frías aceite
y frías con tu música a cualquiera!...

¡Oh, inocente paloma pueblerina
que agostas tu belleza en la cocina
fregando el triste suelo, puesta a gatas,
o mondando patatas
o pelando una estúpida gallina!...

¡Tu sino es bien cruel: hacer la cama,
abrir la puerta cuando alguno llama,
tolerar que te insulte la señora,
acunar al pequeño cuando llora,
que es sabido que llora si no mama!...

¡Si eres guapa, tendrás al señorito
intentando pegarte un pellizquito!
¡Si eres fea (¡amarguísimo detalle!),
el señorito te pondrá en la calle
con descaro inaudito!...

¡No faltará un soldado
que te diga que le has enamorado
y, de la boda a cuenta,
te pida cajetillas de a cincuenta
y dinero prestado!...

¡No faltará un vecino impertinente
que tenga una opinión incongruente
sobre tu amistad pura y verdadera
con el hijo mayor de la portera,
el llamado Vicente!...

¡Te hartarás de fregar suelos y platos,
verás que los señores son ingratos,
verás que las señoras son coquetas,
verás que nunca tienes dos pesetas,
y no querrás sufrir tan malos tratos!...

¡Y un buen día, pensando en el asunto,
querrás a tus desgracias poner punto,
la cuenta pedirás como quien lava,
te dirigirás, rauda, al teatro Eslava
y te harás señorita de conjunto!...

Manera bien sencilla y baratita
de pasar de criada a señorita...

SOTERO L. PEON



Dib. TAULLER.—Madrid.

—¡Qué desgracia! ¡Figúrate que se ha enterado mi
novia de que tengo un tío millonario!

—¿Quiere casarse contigo?

—No; con quien quiere casarse es con mi tío.

El ojo, la pierna y el alma de Justino Alvarez

"Las consumiciones se cobran al servir las".

ASPRÓN.

Justino Alvarez fué un hombre muy desgraciado. La historia de su vida está erizada de desventuras. Pero entre todas éstas desventuras, destacan tres extraordinariamente, como tres postes de teléfono en un campo de trigo.

PRIMERA GRAN DESVENTURA DE JUSTINO ALVAREZ.—Justino tenía once años y se debatía angustiado entre la tabla de multiplicar y el aceite de hígado de bacalao. Medía un metro escaso y pesaba trece kilos.

Un día, a la salida del colegio, sus compañeros, uno a uno, se fueron asomando al agujero de la cerradura de una casa cercana. Justino, que iba el último, no sabía qué amable parcela de intimidad le esperaba al otro lado de la puerta; pero como todos habían mirado, él también quiso mirar. No vió nada: una llave—demasiado larga y demasiado inoportuna—se le clavó en el ojo.

Y Justino quedó tuerto.

SEGUNDA GRAN DESVENTURA DE JUSTINO ALVAREZ.—Justino tenía veintidós años y se dedicaba a la curiosa industria de transformar sonetos en sustancias alimenticias. Medía metro y medio y pesaba treinta y cinco kilos.

Cierta día, en medio de una calle y a la sombra de los desocupados, una motocicleta pugnaba desesperadamente por echar a andar. Parecía un catarroso viejo tosiendo espasmódicamente sin conseguir expectorar. Justino, que contemplaba la escena desde la acera, vió en la calzada una moneda de plata y balanceándose negligentemente se acercó a ella. Pero cuando apenas se había agachado, la motocicleta, con un alarido de satisfacción, pasó violentamente sobre él y desapareció en una esquina. En la Casa de Socorro, al anestesiarle, cayó de su mano derecha una rodaja de hojalata.

Y Justino quedó cojo.

TERCERA Y ÚLTIMA GRAN DESVENTURA DE JUSTINO ALVAREZ.—Justino tenía veintiocho años y remolcaba su pierna por una

vida absolutamente adversa. Medía metro y medio y pesaba treinta kilos.

Era la noche de fin de año. El aliento de diciembre bajaba a empuñar los cristales de los cafés y la nieve caía titubeando. Justino Alvarez, entumecido, hambriento y desesperanzado, cojeaba penosamente por la calle del Arenal. A sus espaldas, en la Puerta del Sol, una alborozada muchedumbre manifestaba su inmensa alegría destrozando urgentemente utensilios de cocina y manejando con inexplicable entusiasmo la mantequera inútil de las zambombas.

Justino llegó al Viaducto. Hacia Carabanchel, las luces en constelaciones, tiritaban.

—Acabemos de una vez—decidió.

Se asomó a la barandilla: abajo, en el espinazo de la calle, brillaban los rieles del tranvía. Sintió frío y miedo, y echó a andar nuevamente. A los pocos pasos encontró un retalito de jardín con un abeto nevado y se paró a mirarlo, extrañado de que no tuviera juguetes y rosquilla.

Se dejó caer en un escalón de piedra, desfallecido.

—Morirás de hambre—se decía—. Todos los años muere alguien de ham-



Consecuencias de poner carteles y advertencias en las paredes de las casas de comercio.

Dib. STILO.—Madrid.

bre en este día, sobre todo si nieva y esta vez serás tú, Justino; tú mismo. Mira bien, pues, si aún no puedes hacer algo... Ofrecer tu alma al Diablo, por ejemplo. A veces, según he leído, da resultados admirables. Anímate.

Y a continuación, con voz que le pareció ajena, exclamó:

—Mefistófeles, Mefistófeles: te daré mi alma, toda mi alma revacu-nada contra el dolor, si pones al alcance de mi mano una cena de fin de año; tan sólo una cena!

Todavía no se habían apagado estas palabras, cuando salió de la noche una mujer rubia, esbelta y blanca como un cigarrillo egipcio. Su voz, empapada de una triste dulzura de flauta, habló así:

—Buenas noches, Justino... Me envía Mefistófeles, mi jefe. Nuestra antena acaba de recibir tu invocación y he sido designada para puntuali-

zar contigo algunos extremos del contrato.

—Yo, señorita...—balbuceó Justino.

—Perdón. Escúchame. Mefistófeles pondrá al alcance de tu mano una cena; pero exige, además de tu alma, un año de vida. Si aceptas, mi señor, como prueba de su desinterés, te obsequiará con un ojo y una pierna completamente nuevos.

—¡Acepto!—exclamó Justino, francamente encantado.

Entonces, la bella secretaria de Mefistófeles le ofreció un pliego rojo en el que Justino, al tiempo que firmaba, leyó:... "Me comprometo a poner al alcance de la mano de don Justino Alvarez una excelente cena de fin de año, a las doce en punto de la noche de hoy. Cuando suene esta hora, ya habrán sido sustituidos su ojo ciego y su pierna coja... A cambio de esto, don Justino Alvarez

me entregará su alma y un año de vida que se contará a partir de la última campanada de las doce..."

La mujer rubia, esbelta y blanca como un cigarrillo egipcio, dobló cuidadosamente el documento, lo echó por el buzón de su escote y dijo con voz de flauta:

—Hasta pronto, Justino.

Y desapareció dando un portazo de sombra.

... ..

En su guardilla, acurrucado en un ángulo lleno de nostalgia de cama, Justino Alvarez esperaba su hora trascendental. El reloj de una iglesia cercana, con tres campanadas—solemnes y graves, según es costumbre en estos casos—, acababa de avisar las doce menos cuarto. Súbitamente, apareció a la izquierda de Justino una mancha de humedad en la pared. Dió un grito de júbilo: su ojo izquierdo veía. Y su pierna derecha, viva ya, le puso en pie de un solo salto.

El reloj de la iglesia tiró las doce monedas de sus campanadas sobre el mostrador del silencio, y, ante los ojos asombrados de Justino, se operó el milagro. Del suelo emergió, suavemente, como un submarino del mar, una mesa con un florero en el centro. Atravesando el techo y las paredes—a pesar de que había un cristal roto en la ventana—, botellas y copas, fuentes y platos, tenedores y cuchillos se posaron silenciosamente en su sitio. En cada fuente brotó un manjar: entremeses, aves, pescados, compotas, pasteles, quesos...

La voz de flauta entró por el cristal roto:

—Justino, está al alcance de tu mano...

Justino, sacudiendo su asombro, se abalanzó sobre una cuña de queso; pero, antes de llegar a tocarla, cayó de bruces al suelo, sin un grito.

Estaba muerto.

Justino Alvarez fué un hombre muy desgraciado... Sólo le quedaban trescientos sesenta y cinco días de vida, y el año que tuvo que abonar era bisiesto.



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—Antes de visitarle estuve en casa del doctor Suárez.

—¿Y qué estupidez le aconsejó?

—Pues que viniera a visitar a usted.

SAMUEL MURIN

LOS SUICIDIOS

He leído en una revista de Madagascar, cuya suscripción me tocó en la tómbola de una verbena, que en todos los países del globo el número de suicidios crece más que si se le regase por la noche.

Según el artículo consagrado por la citada revista a este desagradable fenómeno, pueden calcularse en tres o cuatro mil personas las que diariamente se ligan la manta a la cabeza, y toman billete de ida para el otro mundo, no sin dejar antes la clásica carta al juez de guardia, en la que, más o menos minuciosamente, explican los motivos de su tránsito, como llaman ahora a la muerte varios escritores que aspiran a ingresar en la Academia, y algunos refinadores de mojama de Alicante.

Y así, poco a poco, en medio del general disgusto de todas las personas conscientes y de la general alegría de los fabricantes de ataúdes a la medida, el censo de la población va bajando de modo aterrador y vertiginoso.

El revólver, el cianuro potásico, el sublimado corrosivo, las cerillas de fósforo (1) y la lectura de las obras completas de algunos académicos están produciendo—como consecuencia de ser los medios más empleados por los suicidas para llevar a cabo sus propósitos—un verdadero estrago.

Pues bien; preguntarán ustedes, y si no lo preguntan me lo preguntaré yo a mí mismo: ¿qué crisis atraviesa actualmente la Humanidad para que el número de suicidas crezca de ese modo? “He aquí la cuestión”, que dijo un cabo del somatén de Buitrago.

He meditado mucho acerca de esto y he llegado a una conclusión asombrosa; conclusión que voy a exponerles a ustedes aunque de un modo muy sucinto.

Creo con toda sinceridad que el aumento de la cifra de suicidas que lamentamos ahora no obedece a otro móvil más que a la Civilización. Y es que a la Civilización le pasa lo mismo que al “cuplet” del “Gitanillo”:

(1) Claro que esto de suicidarse con el fósforo de las cerillas es sólo en países donde no se conozca, ni de nombre, a nuestra “Tabacalera”. Intentarlo en España, donde las cerillas se hacen a base de amianto, sería algo así como pretender utilizar el queso manchego para sacar brillo a los metales.

que se ha cantado mucho y, sin embargo, no nos ha reportado ninguna ventaja. Así, pues, cuando les digan a ustedes que las causas que mayormente empujan hacia el cementerio a los simples mortales son la falta de recursos, los amores contrariados y las enfermedades más o menos crónicas, sonríanse, carcajéense, hilaranticense y desmandibulicense.

¡Sí, señores! La causa de ese número aterrador de suicidios no estriba más que en la Civilización. Y voy a demostrarlo.

Allá por el siglo XVI no se suicidaban anualmente en España más que dos o tres arcabuceros de Flandes, uno o dos profesores de taquigrafía y algún que otro acaparador de foie gras. Actualmente el número de suici-

dios es doscientos veces mayor. Y el motivo de todo, repito, no es otro más que la Civilización, o, si se quiere, la cultura.

Siempre que una persona decide suicidarse, escribe una carta al juez de guardia. Hay suicidas a quienes se les olvida la pistola, el veneno o el puñal con que pensaban realizar su propósito; pero la carta no. La carta no se le olvida a nadie.

Pues bien, digo yo ahora, si está demostrado que todos los suicidas escriben al juez de guardia es ¡porque saben escribir!

Fomentemos, pues, el analfabetismo, y haremos que esa práctica tan monstruosa huya de la Tierra. Porque no cabe duda que el que no sepa escribir no podrá suicidarse. No lo duden; como tampoco deben dudar de que por la razón que apunto yo no podré suicidarme nunca.

MANUEL LAZARO



Dib. ACILU.—Barcelona.

—Nosotras vamos todos los días al “cine”.

—Sí; ya sé que sois muy “cínicas”.



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Pero, oiga usted ¿se puede saber qué hace usted aquí, a mi lado, toda la tarde?
 —Perdone usted; es que mi señora me ha mandado a la porra.



Dib. XIMÉNEZ HERRÁIZ.—Madrid.

—¿Te has fijado en Polito?... Cada cinco o seis días se afeita el bigote.
—Sí; es que con los pelos que se quita le están haciendo una almohada.

Ayuntamiento de Madrid



Usted, hombre tímido, acabará por no poder ir al teatro ni a los espectáculos de varietés. Existe, entre los autores teatrales y los de cuplés, una *tendencia que a usted le molesta y le asusta y va a terminar por excluirle a usted violentamente de esos locales, donde se dicen cosas y se hacen gestos, unas veces con música, otras veces sin ella.*

Hace unos años, muy poquitos, que se inició esa tendencia, y, cada día que pasa, crece y aumenta su intensidad. Usted, hombre tímido, retraído y azarable, que va siempre solo al teatro, sabe bien a lo que me refiero. Es a la tendencia de hacer intervenir directamente al público en la representación, de hacerle que diga o haga algo, de buscar, en suma, su colaboración en la obra teatral o en el cuplé, *haciéndole incluso cantar u obligándole a actuar de jazz honorario.* Es una pequeña maniobra, maliciosa e irónica, porque no hay público que patée aquello en que él intervino tan individualmente, tan personalmente...

Usted, hombre tímido, recuerda aún horrorizado lo que le sucedió al ir a presenciar, hace poco, una opereta de gran éxito. Usted me lo contó todo colorado. Fué una noche en que, por sobrarle unas pesetas o, sencillamente, porque le dieron un vale, usted fué al teatro. Entró, paseó distraidamente por el pasillo fumando un cigarrillo, y cuando oyó el timbre correspondiente, se dirigió a su butaca. En seguida, un acomodador le cortó el paso, examinó detenidamente su localidad, y con mala cara le

señaló su sitio. Luego, muy rerio, le entregó un minúsculo martillo de madera o un par de platillos chiquines, dorados. Después desapareció rápidamente. Usted quedó desconcertado, desorientado; usted no había pedido nada, ni tan siquiera unos gemelos, ni el programa; usted empezó a escamarse y miró avergonzado a su alrededor. ¿Qué quería significarle el acomodador al entregarle aquellos instrumentos? ¿Un regalo para los niños? ¿Le habría tomado por un sujeto ligero y frívolo, dado a las extravagancias? ¿Tendría que devolverlos? ¿Le cobrarían algo a la salida? ¿Qué misterio terrible encerraba aquel acto del acomodador? Su razón de usted empezaba a vacilar, pero pronto observó usted que todo el mundo a su alrededor enarbolaba el martillo o los platillos. Esa unanimidad le tranquilizó y usted acabó por sentarse, aunque — son sus pa-

labras — completamente idiotizado.

Empezó la función. Al cuarto de hora usted se aburría y al mirarse las manos, se sorprendió al ver que todavía tenía entre ellas el martillito o los platillos. Usted no se acordaba de ellos. Para distraerse, ya que la función no le distraía, usted empezó a chocar un platillo contra otro o a dar golpes con el martillo en la butaca de delante. Su intención no era pecaminosa. Usted aspiraba únicamente a comprobar que aquellos instrumentos eran de verdad y hacían cierto ruido. Pero en seguida se le acercó el acomodador, y con gras misterio le dijo:

—¡Todavía no!

—¿Eh?

—¡Que todavía no!

—¡Ah! Bueno.

Usted no comprendía nada de todo aquello y acabó por dormirse en la butaca. De repente, un ruido extraño y ensordecedor le despertó sobresaltado. A su alrededor todo el mundo se había vuelto loco; todo el mundo tocaba los platillos o martilleaba encarnizadamente todo lo que encontraba por delante. Aquel señor, serio, grave, austero, calvo y gafudo, que tenía usted a su lado, también con toda solemnidad actuaba de murguista.

Entonces se le acercó otra vez el acomodador:

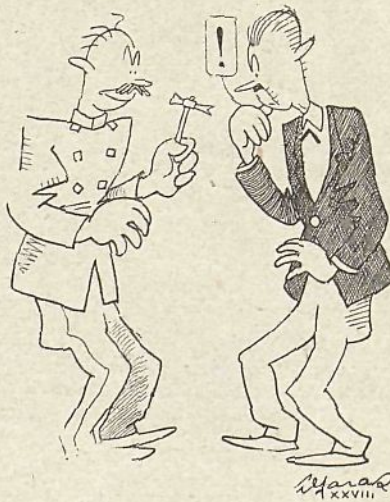
—¡Ahora, señor!

—¿Eh?

—¡Que ahora!

—¡Ah! Bueno.

Y usted, que no comprendía nada, acabó por hacer todo el ruido que pudo, con aire aburrido y somnoliento.



Otra noche—¡mala suerte la de usted!—, al presenciar la representación pseudo zarzuela, en un entreacto, vio usted descender ante sus ojos un telón que causó su asombro. Aquel telón no era una decoración, como usted esperaba. Aquel telón llevaba pintadas encima las letras de una canción. El director de orquesta se volvió al público y atacó la partitura. Entonces todo el mundo se puso a cantar. Usted, que ha comprobado que la multitud no tiene oído, sufría horriblemente; pero por no aparecer ridículo o por aparentar que se divertía, usted acabó cantando. Lo hacía usted muy bajito, muy colorado, mirando a su alrededor; desde luego, esto no le parecía a usted serio y más bien lo creía usted reprochable, pero ¿qué hacer frente a la unanimidad? En ocasiones, usted, únicamente abría la boca para hacer que cantaba, aunque su garganta no emitiese ningún sonido, y solamente para que el autor no se disgustase si daba la casualidad de que estaba mirándole a usted desde entre bastidores. En esto se parecía usted mucho a algunas señoritas del coro...

Usted antes, hombre tímido, pedía siempre en taquilla una localidad de las llamadas de pasillo. Así, por una parte, tenía usted la seguridad de no tener a nadie a uno de sus lados. Y por otra parte, si había fuego (usted todo lo preveía), podía usted, más fácilmente huir. Pero ya, ya... Cualquiera pide hoy día una butaca de pasillo. Hay ahora una cosa que a usted le aterra y le acongoja: los desfiles de artistas por el pasillo, entre butacas. Es verdaderamente azarante, ¿verdad?, ver llegar a todas las chicas guapas, livianamente vestidas, por el pasillo, avanzando implacablemente hacia nosotros. Indefectiblemente alguna de ellas se para ante usted, y claro, todas sus palabras, todos sus gestos, todos sus movimientos, todas sus risas, toda su canción, son para usted, se las brinda a usted mientras le mira usted, comprende que la muchacha está cumpliendo con su obligación; pero ¡caramba! es que usted no sabe lo que hacer. ¿Debe usted corresponder de algún modo a todas aquellas atenciones? ¿Debe usted sonreír a la muchacha y hacer con la cabeza pequeños movimientos aprobatorios? ¿Debe usted adoptar una actitud de hombre malo, perverso y juerguista, o de



hombre cansado de todo? ¿Debe usted darla un beso? ¿Parecerá tímido si no le pellizca una pantorrilla? En fin, que aquello es una angustia y usted acaba poniendo una cara estirada y antipática que da dolor.

¿Pues y hace unos días, cuando no sólo desfilaron ante usted, sino que, además, todas aquellas llevaban tazas y platitos y ofrecían cosas de comer y de beber que usted no tuvo más remedio que aceptar? Aquello si que fué horrible. Qué mal le sentó lo que tuvo usted que tragar...

Es lo mismo que cuando va usted a un teatro de varietés, y la señorita de turno, baja al pasillo de butacas y se encara con usted y le larga un cuplé de esos que tienen parte hablada y flamenca. Aquí la agresión es ya más directa, porque aquí es usted sólo a resistir las miradas de todo el público malicioso. Y cuando

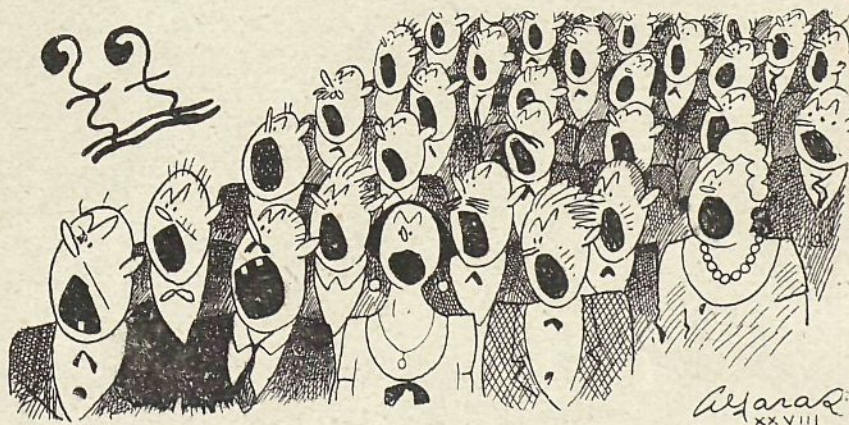
muy azarado, alarga usted la mano para coger los claveles que ella le ofrece y entonces retira ella la mano y las flores, ¡qué vergüenza, señor!... ¿Pues y cuando cantan por ejemplo,

"Estoy viendo a un caballero, que tiene cara de pillo..."

y en ese momento le miran a usted, se debe usted callar? ¿O protestar? ¿Qué se figurará el resto del público? ¿Qué concepto formará de usted?

Son todas estas, formas de colaboración del público con los autores, de las que usted protesta, pues usted cree que va al teatro para ver trabajar a los demás y no para que le mearan en líos. Lo mismo que protesta usted contra esas maneras que usa el adivinador al decirle a usted autoritariamente: "Escoja usted una carta; ¿está? Mire usted la que es; ¿está? Ahora no lo olvide". Y unos minutos después dice resplandeciente: "Era el cinco de copas, ¿no? Y usted, en vista de ello, tiene que decir que sí y casi se cree obligado a felicitar efusivamente al adivinador.

A lo que no ha llegado usted nunca, a pesar de su timidez, es a entregar su reloj de oro a esos artistas que lo piden para transformarlo en un sombrero de copa. Esto no le parece a usted una combinación brillante. Pero, sin embargo, bien sufre usted también, cuando ese hombre absurdo, que saca dos anillos enlazados, se los da a usted para que los separe, no quiere separarlos, ni le importa nada aquello, pero para no hacer el antipático, usted coge sus anillos y prueba de separarlos. Forcejea, suda, se enfada, tira, se ayuda con los pies... Pero todo inútil!



los aros no se separan. Entonces se los devuelve usted al hombre aquel, y éste, sin el menor esfuerzo, en su misma cara de usted y sonriendo mefistofélicamente, los separa suavemente. La gente se ríe y usted no se encuentra muy a gusto. Como tampoco se encuentra usted a gusto cuando pasa a su lado por el patio de butacas ese hombre que saca monedas de a duro de todas partes, y, parándose ante usted, le tira de una oreja y empiezan a salir monedas que llenan un sombrero. ¿Pues y cuando los adivinadores del pensamiento se obstinan en adivinar lo que usted está pensando y a usted en aquel momento no le conviene que nadie sepa lo que pensaba, porque a lo mejor estaba pensando que el señor de a su lado era un animal?

Si las exigencias de las Empresas o de los autores, en este aspecto, siguen creciendo, horroriza pensar las consecuencias que se desprenderían para nosotros. Todos los años, en el comienzo de una nueva temporada teatral, podremos preguntarnos angustiadamente: "¿Qué tendremos que hacer este año, Dios mío? ¿Qué se les habrá ocurrido para hacernos hacer algo?" Y como nadie protesta, estoy ya viendo que nuestra colaboración llegará a límites insospechados, aun para los más pesimistas.

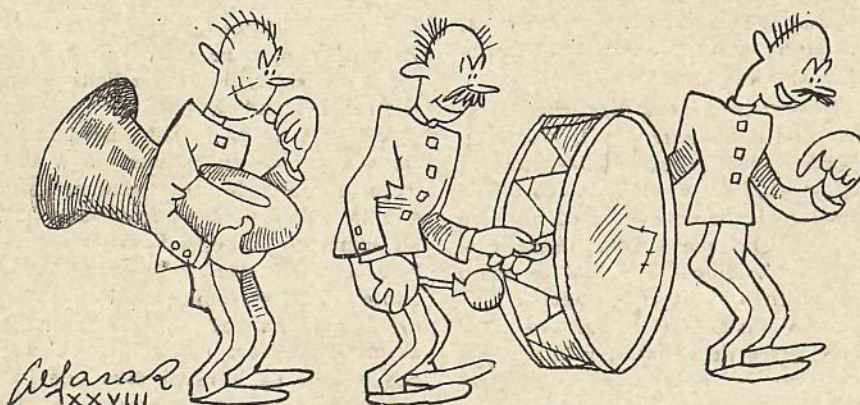
Veremos en los carteles notas como las siguientes:

"Los cantables del segundo acto serán ejecutados por las filas cuatro y cinco de espectadores, en la función de tarde, y por los que ocupen

res el personal necesario para subir y bajar el telón."

Figurémonos también, por un momento, que un día a la Empresa, en vez de martillos de tapicero o de platinillos de soldado de plomo, se le ocurre entregarnos, a la entrada, un bombo de tamaño natural. Protestaremos, gritaremos, lloraremos, pediremos perdón de rodillas; pero los acomodadores y el representante de la Empresa serán inflexibles. Tendremos que aguantarnos y cargar con el bombo y luego, dentro, aporrearlo hasta el extenuamiento, mientras a nuestro lado, con aire de mártir, el señor grave, calvo, serio y solemne, soplará en un terrible trombón...

Sí, amigo tímido. Se impone la defensa. Conferencias, mítines, mani-



Claro que todo esto último estaba antes limitado a los espectáculos de circo y de variedades, y por eso usted, de preferencia, se refugiaba en los teatros. Pero ahora con la tendencia que se nota en los autores y en las Empresas, no sé, francamente, lo que va a ser de usted, amigo tímido. Realmente, tiene usted mucha razón de protestar y yo le acompaño, con su permiso, en esa protesta. Esto no es tolerable y me permito señalar todo ello a los Sindicatos del Teatro, como un factor importante en la crisis porque atraviesa el teatro español; esa terrible crisis de la que yo oía hablar a mis abuelos y de la que me oírán hablar mis nietos...

Y le acompaño a usted en la protesta, no sólo por lo que ahora sucede, sino porque preveo que, de seguir así las cosas, los espectadores lo vamos a pasar muy mal. No me fijo en el presente, me fijo en el porvenir de este tenebroso asunto.

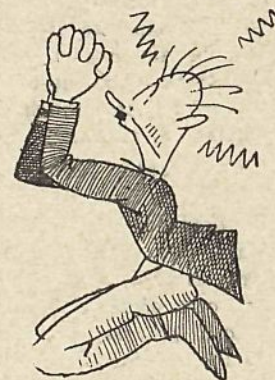
las filas tres y seis, en la función de noche.

"El espectador que ocupe la butaca número siete de la fila octava, cantará tangos argentinos en los entre actos. Se autoriza al resto del público a tirarle cosas.

"Durante los tres actos está prohibido, en absoluto, el aburrirse. Los espectadores rebeldes y aquellos que no quieran prestar su colaboración, o la presten con interés, serán amonestados por el Agente de servicio, y si persistiesen en su actitud, serán puestos de rodillas contra la pared y vigilados por el bombero, para que no puedan ver el resto de la representación.

"En el beneficio del actor Pérez, todos los espectadores que se apelliden también Pérez, silbarán le célebre polka en homenaje a aquél.

"La Empresa se reserva el derecho de reclutar entre los especta-



festaciones, pedir protección a las Autoridades. Todo antes de que nos echen encima otra temporada y nos pille desprevenidos. Hay que despertar la conciencia dormida de tanto inconsciente. Formaremos la "Liga del espectador honrado".

Pero, entretanto, amigo tímido, no estará de más que usted aprenda a bailar el charleston. ¿Quién sabe hoy lo que va a ser mañana de nosotros? ¿Quién puede ver claro en el porvenir de un espectador?

Y si no se decide usted a aprenderlo o tiene usted reuma, créame; lo mejor que puede hacer es consultar, muy detalladamente, los carteles y no aventurarse a entrar en ningún local hasta tener la completa seguridad de que toda la representación se va a desarrollar en el escenario...

GABRIEL GREINER

(Dibujos de Alfara).

(De nuestro Concurso de artículos humorísticos.)

TEMAS JURIDICOS

Explicación y disculpa del crimen pasional

Cómo se engendra por la discusión.—Cómo puede defenderse.—Cómo se puede firmar.

Declararé antes de nada, que el crimen pasional está siempre engendrado por una discusión y que los hombres y las mujeres discuten porque mientras en el hombre el eje de la discusión es fijo, en la mujer el eje de la discusión es movable.

Ejemplo al canto.

Un hombre y una mujer discuten sobre si ella se debe cortar el pelo a lo *garçon* o no. El hombre dice que no y fijando el eje de la discusión, exclama:

—No quiero que te cortes el pelo.

Si en la mujer también fuese fijo el eje de discusión, ella respondería:

—Pues yo sí quiero cortármelo.

Y uno de los dos acabaría por ceder, o se iría cada uno por su lado, o se matarían mutuamente; en suma: no habría discusión. Pero la mujer, moviendo el eje de la discusión, lo que contesta es esto:

—Pues Luisita, la del principal, se lo ha cortado.

(Obsérvese que el eje de la discusión ya no es el pelo, sino Luisita, la del principal.)

El hombre, así arrastrado por la mujer, responde:

—Luisita es una estúpida, que tiene un novio cantador de tangos argentinos.

La mujer, moviendo otra vez el eje de la discusión, replica:

—Lo que canta el novio de Luisita son guajiras.

Y el eje de la discusión, ya no es ni el pelo a lo *garçon*, ni el pelo largo, ni Luisita la del principal, sino el novio de Luisita.

El hombre vuelve a deslizarse por el plano inclinado que le ha puesto delante la mujer, y declara:

—¡Igual me fastidian las guajiras que los tangos!

Y el eje de la discusión es ya los tangos y las guajiras.

Ella, contesta:

—¡Como que eres incapaz de comprender nada de música!

El grita:

—¡Estoy harto de oír Beethoven!

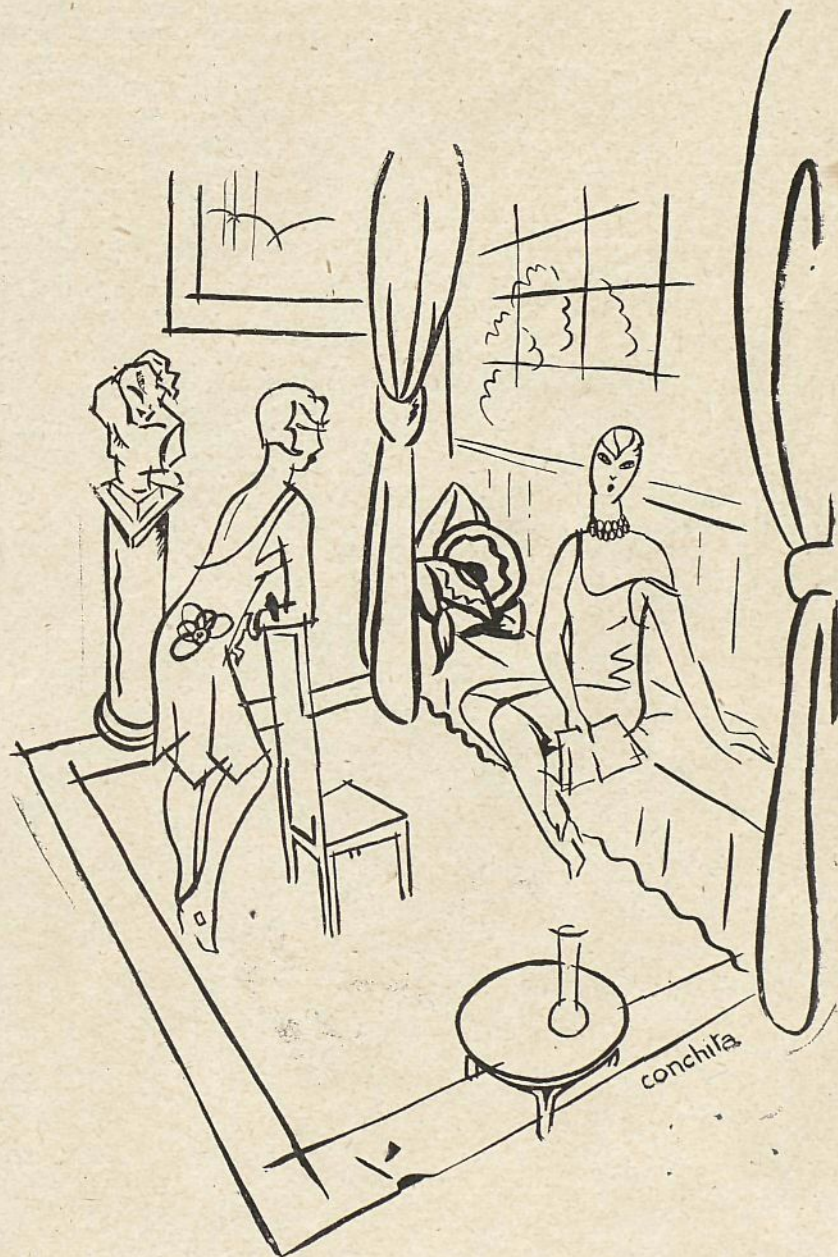
Ella gruñe:

—¿Tú, Beethoven? ¡Si lo confundes con Wágner!

Y el eje de la discusión es ya la música alemana.

Sucesivamente, y siguiendo el mis-

mo mecanismo, el eje de la discusión es los canales de Venecia, la torre Eiffel, las corbatas de Adolfo Menjou, los fakires indios, los espejos biselados y la María Caballé. Por fin,



—¿Y tú crees todo lo que dicen de Luisita?

—¡Anda, ya lo creo!...¿Y qué dicen?

Dib. CONCHITA.—Madrid.

como María Caballé no se ha cortado el pelo todavía, los enamorados discutidores tienen la suerte de poder volver a hablar de la melena de ella, para perderse en seguida otra vez, entre los monarcas egipcios, las boquillas de ámbar, Mussolini, los cuadros del Greco, la utilidad del trineo en Rusia, el capitán Nemo, etcétera.

En virtud de este fenómeno apuntado, las discusiones se prolongan durante semanas enteras y concluyen, casi siempre, en el crimen pasional. Porque todo crimen pasional, es el epílogo de una discusión de cinco meses.

Esta clase de crímenes se ha estudiado mal hasta ahora. A mí me repugnan y, sin embargo, compadezco al criminal y le comprendo.

Si yo fuese abogado y me viera en la triste obligación de defender a un individuo que hubiese cometido un crimen pasional, le defendería de esta manera:

"Héme aquí, señores magistrados, agobiado por el pesado fardo de la tradición. (Y me inclinaría para dar idea de lo pesado del fardo). ¡Muchos han sido, ¡muchos!, los hombres que delinquieron como ha delinquido ese hombre que está ahí, entre dos guardias eminentemente bizcos!... ¡Muchos! Y las mismas palabras e indéntricos conceptos, señores magistrados, se pronunciaron para salvar a unos que a otros. ¿Qué palabras fueron éstas? Fueron palabras de disculpa en las que se hallaba condensado todo lo que el amor tiene de irresponsable. (Aquí, bebería agua la primera vez).

No obstante, yo no voy a deciros que el amor es irresponsable, porque el amor, señores magistrados, es sencillamente idiota."

"Un hombre que mata al objeto de su pasión, no es más que un hombre que no tiene paciencia para discutir".

"El ciudadano que adora a una mujer desde que se puso puños postizos por vez primera, cuando la oye decir que no le quiere ya, se limita a aconsejarla que tome duchas." (Vuelvo a beber agua para humedecer el párrafo).

"Ese hombre, que aparece sentado hoy en el banquillo, y que por cierto se va a romper el pantalón de un momento a otro con un clavo que el banquillo tiene, ese hombre, digo, tampoco había matado a su amada porque ella le dijese que no le amaba ya. La ha matado en plena excitación, porque empezó a discutir con ella de amor y por culpa de ella, acabó discutiendo de la producción azucarera de las fábricas de Epila".

"¿No es este un motivo de irritación capaz de llevar al crimen? ¿Habrá quien lo dude, señores magistrados? (Aquí bebo agua de nuevo para que los señores magistrados mediten la pregunta).

"¡Sin embargo! (Gritando mucho para que los señores magistrados se despierten). ¡Sin embargo, yo quisiera enfrentarme con el juez que hubiese condenado a ese hombre, pisoteando en su solapa la gardenia de la libertad. (Aplausos a lo florido de la frase). ¡Yo quisiera enfrentarme con ese juez! Y le diría: ¡lo que usted ha hecho, señor juez, es monstruoso, como el circo Krone! Póngase, señor juez, en el lugar de ese desdichado... ¡Póngase durante unos minutos! ¡Si usted, señor juez, llegase a su casa y entablara una discusión con su respetable esposa y su respetable esposa comenzase afirmando que los filetes de solomillo son tiernos, para llegar a la conclusión de que el príncipe de Gales no se ha caído nunca del caballo, usted también la mataría, señor juez!"

Esta es, señoras y caballeros, la única explicación y la única defensa del crimen pasional.

Solo me resta decir a ustedes, cómo se puede firmar. Pues bien, señores, se puede firmar así:



—Pepe dice que tiene una mina en Madera.

—¿Una mina en Madera?... ¡A ver si lo que tiene es un lápiz!

Dib. GORI.—Madrid.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



¡EUREKA!

¡Eureka!, gritó Arquímedes cuando encontró, por tener la recomendable costumbre de bañarse, que los cuerpos sumergidos en un líquido—el agua en aquel caso—pierden de su peso—a más de los kilogramos correspondientes a la mugre que se lleva el agua—una cantidad igual al peso del volumen del líquido que el cuerpo desaloja. Y salió gritando “¡Eureka! ¡Eureka!”, que no es, como pudiera suponerse, el anuncio de una zapatería, sino que es un grito, según dicen, que quiere decir “Ya lo encontré, ya lo encontré...”

Desde los tiempos de Arquímedes han seguido encontrando los hombres diversas aplicaciones al mismo principio.

Ahora, en el Alkazar, han encontrado Sugrañes, Aguilar, Paco Madrid, Solsona y el músico Clará; lo que también había encontrado en Price Velasco, y en el extranjero han encontrado otros varios: el principio de Arquímedes aplicado a las tiples de revista; modo de encontrar, a más del principio el postre.

Las tiples de los teatros de revista han ido, en efecto, ensayando el principio e introduciendo en él variantes.

Para ello han comenzado por adoptar el traje mismo que Arquímedes usaba para sumergirse en la pila, y, una vez en ese estado—estado interesantísimo—han ido sumergiéndose en elementos varios: jugo lácteo, crema Simón, polvos de arroz, aire de escenario coloreado por reflectores *ad hoc* con rayos de diversos colores: desde los rayos del arco iris hasta los rayos de Júpiter.

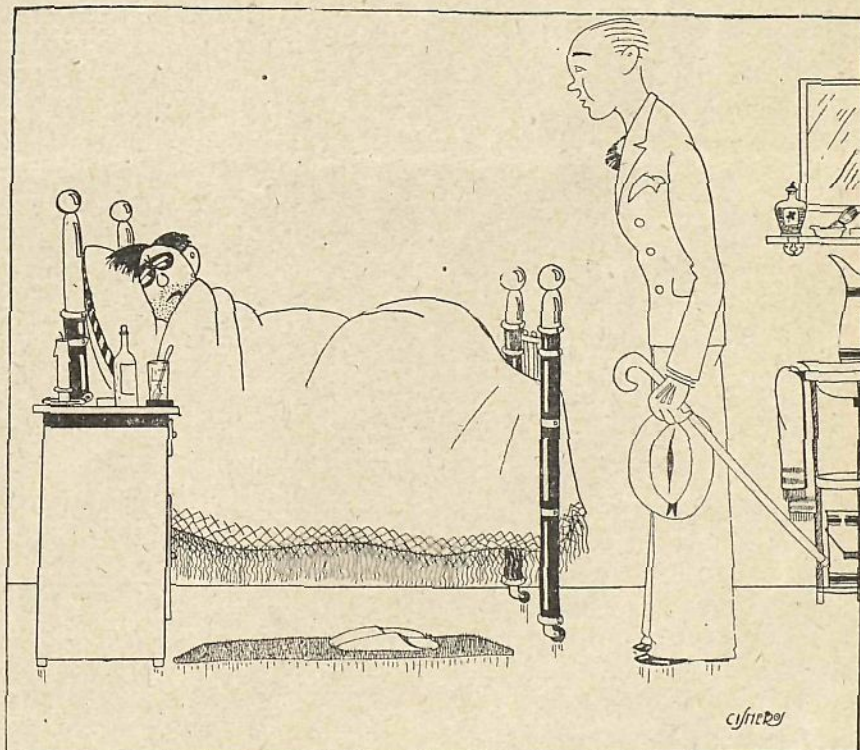
Nosotros presenciamos la otra noche en el escenario del Alkazar uno de estos experimentos arquimédicos, y aseguramos a ustedes que había que ver... Unas damas salían sonrosadas, envueltas por una luz de naranjada con paja—cosa rica—; otras salían después ultravioladas; otras,

recibían rayos X, en donde la X era una incógnita despejada por completo; y otras, Danaes de la hora presente, recibían sobre su cuerpo mitológico la lluvia de oro de los reflectores de Júpiter; lluvia *extra dry*, desde el color champagne hasta el cerveza con limón—según los casos.

Todas ellas se habían sumergido antes en otros varios líquidos—líquidos Marañón, que llamaremos—a fin de perder de su peso lo bastante para poder llegar a tiples ligeras. Y, una vez realizada esta precaución y sumergidas en el éter del Alkazar, en la forma y con las formas antedichas, comprobaban que, en efecto, conforme iban perdiendo de peso por un lado iban ganando pesos en proporción al volumen de sus proporcionadas personas.

De las personas que vimos en el Alkazar iremos hablando en días sucesivos, una a una, porque una a una aparecerán en nuestras páginas, con sus correspondientes retratos, para que hablen ellos por sí mismos. Verán de Consuelo Hidalgo la gitanísima persona, y verán de Amparo Miguel Angel la azucénica belleza. Admirarán los lectores el oro de su pelo. ¡Lástima que no puedan admirar de igual manera el oro no menos admirable, de su voz!

Comenzamos por las damas y nos referimos ante todo a ellas y a sus respectivos volúmenes, porque, de los tres elementos que integran una re-



Dib. CISNEROS.—Madrid.

—¿Y la operación ha sido muy dolorosa?

—Como que me ha costado todos mis ahorros.

vista—autores, señoras y adornos—son ellas la primera materia y la materia de primera. “Poesía eres tú”; pudo decirle a su dama nuestro correligionario Gustavo, pero nosotros y todos, hoy día, pueden decirle a la mujer: “la revista eres tú”. La vista y revista y más que vista es la mujer. Vista y revista, pero nunca vista; nunca vista, por lo visto, lo bastante.

Por eso creemos que los críticos van equivocados cuando buscan en las revistas originalidad. La revista—ello lo dice—es una obra de belleza, de gracia y de animación, que estaba vista ya, pero que vuelve, empero, a verse.

Nos conviene insistir en este punto de vista y de revista, porque, como han dicho por los periódicos que vamos también nosotros a escribir nuestra revistita correspondiente, bueno es que vayamos preparando los terrenos, y curándonos en salud por si acaso salen luego los Maese Exigentes de la Prensa diciendo “Eso está ya muy visto”.

Desde luego, los más visto de todo en este mundo, lo que se ha visto más y con cuatro ojos, es la carne de mujer más o menos congelada. Esa es la vista más revista de este mundo. Y no deja por eso de ser original.

El alma de la revista es el pecado,

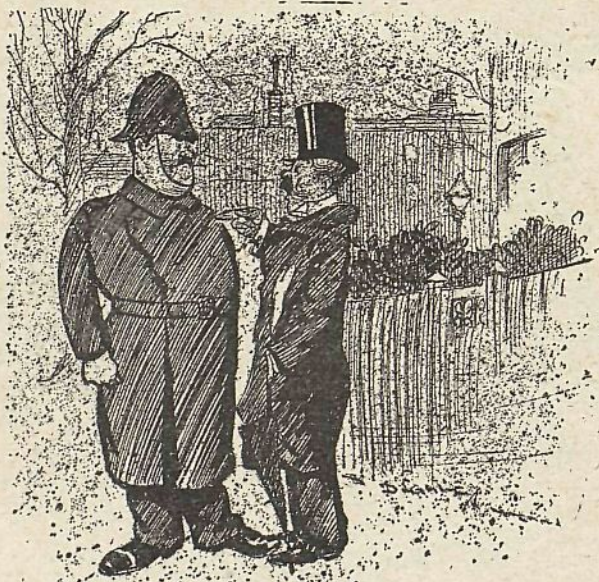
Es una
producción
de

LOS PERFUMES DE TASARA

y el pecado *original*, precisamente. La primera revista, pues, data del Paraíso, nada menos. Cuando Adán en el Paraíso pasó revista a la primera tiple de entonces y del mundo, fué aquella una revista llena de originalidad, de pecaminosidad original.

Y aquella originalidad que Adán puso al pasar revista en el Paraíso a la ligereza de la tiple ligera es exactamente la misma originalidad que hallan en las revistas de estos días los Adanes que a la revista se dedican, ya en el Paraíso, ya en los palcos y butacas.

La otra fuerza importante que avallora una revista es el adorno. Por



El señorito borracho.—¡Oiga, señor urbano! ¿Tendría la bondad de indicarme dónde está mi casa.

El guardia.—¿Dónde vive usted?

El borracho.—Pues eso le pregunto. Si yo lo supiese no tendría necesidad de preguntar a usted por mi domicilio.

adorno se entiende desde la escenografía hasta la luz pasando por los trajes.

En este aspecto nos ofrecen las revistas otro capítulo de helenismo. No es el de Júpiter, cayendo en lluvia de oro sobre las damas del conjunto; ni es el descubrimiento de Arquímedes: es el capítulo de las Metamorfosis de Ovidio, corregido y aumentado. En Ovidio las mujeres se convertían en árbol, *verbi gratia*; aquí se convierten en pantallas de portátil; en techumbres de pagoda china; en caballos de entierro a la Federica y en sacos de lentejas. No decimos “de lentejuelas” porque la lentejuela es un diminutivo y aquí las lentejuelas tienen la lente de cristal de aumento.

Es cada revista una verdadera locura de trajes. Parece al primer pronto cosa rara que pueda hablarse de trajes hablando de revistas, dado que, por lo dicho anteriormente, el descubrimiento de Arquímedes aplicado a esta clase de espectáculos, consiste especialmente y efectivamente en un “descubrimiento” completo de las damas. Si hay trajes, pues, no hay descubrimiento...

Pero, sí; sí hay descubrimiento y sí hay trajes. Los trajes, como decimos, constituyen en todas las revistas una verdadera locura; con esto queda dicho que los trajes se han subido a la cabeza de las damas.

Y así es. Los trajes no estarán lo que se dice en el cuerpo, pero le andan muy cerca. Los componentes todos del vestido van acompañando a las señoras, armónicamente dispersos por los alrededores de su bellísima persona. Y no solamente los trozos de vestido; la casa entera va rodeando más o menos la escultura de la dueña. Cada tiple de revista parece, cuando sale a escena, talmente un perchero; en medio, la luna—o el sol—de su persona, blanca, fulgente, desnuda, donde nos miramos todos; y partiendo de ella, a sus lados, por arriba, por abajo, unos brazos metálicos en todas direcciones y colgando de ellos varios objetos inconexos: una bufanda, unas borlas de cortina; unos flecos de la colcha de la cama, una sombrilla, una bufanda, tres pantallas, un biombo, la panoplia de la pared y, por gorro, una enorme tulipa de bombilla. Con esto resulta que las damas salen embaazadas a escena. Pero esas son las consecuencias de la originalidad...

MANUEL ABRIL

DEL BUEN HUMOR AJENO

CUENTOS JUDIOS

POR RAYMOND GEIGER

Mayer llega al cielo y se presenta ante Dios.

—Señor—le dice—, deseo entrar en el Paraíso.

—Imposible, hijo mío; los informes que aquí tenemos acerca de ti dicen que eres un jugador empedernido.

—Es cierto. Pero no creo que eso sea obstáculo, ya que al fin y al cabo soy un buen creyente.

—Es que no quiero jugadores en el Paraíso.

—Señor—dice Mayer—. Vamos a hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Jugar mi entrada en el Paraíso al "ecarté". Si yo gano, entro; y si pierdo...

—Comprendido—dice Jesús riéndose dulcemente.

Pasa un instante. Al fin aparece un ángel trayendo una baraja. Mayer corta y Nuestro Señor se decide a salir el primero.

Entonces Mayer dice:

—Bueno; y ahora... ¡nada de milagros!

El viejo Moisés, sintiendo llegar la hora de su muerte, llama a su mujer:

—María: ve en busca del cura.

—¿El cura?... ¿Tú estás loco, Moisés!

—No lo creas; vete a buscar al cura.

—Entonces... ¿vas a convertirte?... ¡Después de sesenta años siendo un excelente judío! ¡Parece mentira!

—Te repito que vayas en busca del cura.

María sale en busca de un sacerdote, el cual administra a Moisés las aguas bautismales. y, cuando apenas hace un momento que éste ha salido, la esposa pregunta al moribundo:

—Vamos a ver, Moisés... ¿Por qué has hecho esto?

—Escucha, María; es preferible que muera un mal cristiano a un excelente judío.

Durante un caluroso día del mes de agosto, dos judíos se dan aire con sus abanicos.

—Yo no sé qué hacer—dice uno de

ellos—para no comprar tantos abanicos. No sé si es que me doy mucho aire o qué; pero es el caso que se me rompen en seguida. Y por cierto que el vuestro es magnífico; es hermosísimo; ¡una verdadera joya! ¿Os habrá costado muy caro?

—No; me lo encontré en un paseo.

—¿Y cómo os abanicáis que lo tenéis enteramente nuevo?

—¡Ah, muy sencillo! Cojo el abanico, lo abro y lo pongo delante de mí... y para darme aire comienzo a mover rápidamente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha...

En un restaurante económico el *maitre d'hotel* se fija en que Kahám, uno de los parroquianos más asiduos, parece hablar con un pescado que tiene en el plato. Se aproxima:

—Pero... ¿es que habláis con ese pez, señor Kahám?

—¡Ya lo creo!

—¿Y entiende lo que le decís?

—Perfectamente.

—¿Y qué es lo que le preguntáis, si puede saberse...

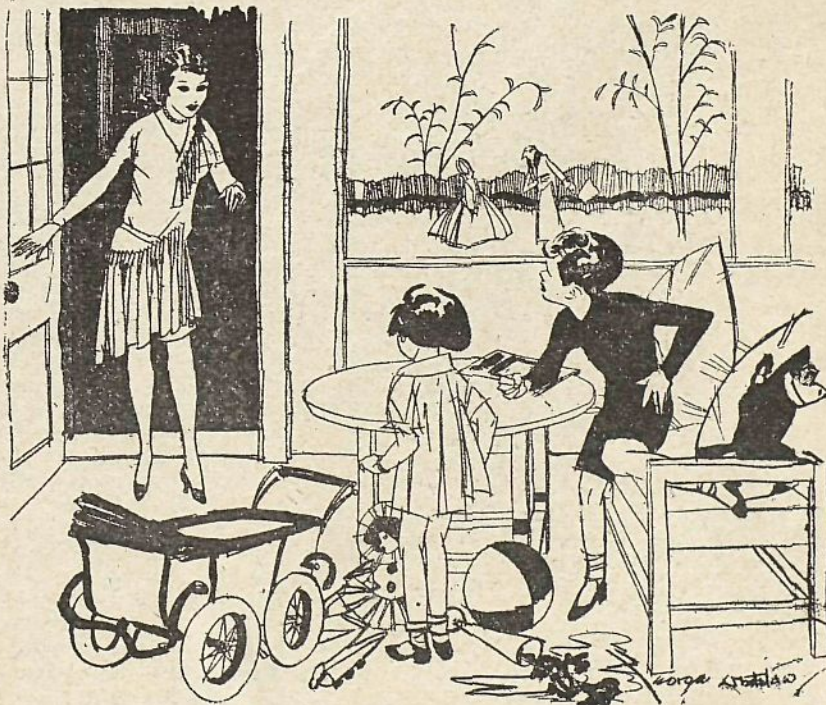
—Le pedía noticias acerca de mi primo Blum, de Budapest.

—¿Y qué os ha dicho?

—Me ha dicho: "No puedo contestaros, señor Kahám; hace más de dos años que me sacaron del Danubio".

La señora de Abraham ha organizado una gran recepción para celebrar el cumpleaños de su hijo Jacob. Los invitados son numerosísimos. La señora de Abraham, ya en el comedor, hace los honores:

—Vamos, señor Blom, un décimo pastel... Señora de Levy, una séptima copa de champagne... Señorita Khon, una undécima medianoche... Señor Bluck, una quinta taza de café...
R. C. R.



—Estamos jugando a los matrimonios.

—¡Pero para eso no es necesario tanto ruido!

—Sí, mamá; porque Aurorita me ha pedido dinero para comprarse un traje nuevo.



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Varios gitanos estaban celebrando en su "casa" el santo de uno de ellos, y cuando le cantaban la copla de despedida acertó a pasar por allí un caballero. Destacándose del grupo una gitana se le acercó y le dijo:

—Una limosna para mi padre que se está muriendo.

—¿Pero esas voces qué significan?

—Es que le están cantando las últimas.

Quiquet.—Valencia.

PRESA Los mejores corsés
PRESA Los mejores sostenes
PRESA Las mejores fajas
PRESA PR.SA PRESA

Siempre PRESA

Fuencarral, 72.—Tel. 51.135

En unas regatas:

Un balandro va tripulado por un pollo y una joven, tomando parte en unas regatas, y varios amigos los contemplan extasiados.

—Fíjate: Luisito va a ganar las regatas.

—Claro, hombre; como que donde va una mujer no hay quien gane a "regateo".

Un andaluz.—Málaga.

DANDY

La mejor crema para el calzado

El premio correspondiente al número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Bien contestado.
Un señor le pregunta a un niño.—¿Cuántos años tienes, pequeño?
El niño.—Ocho
El señor, queriendo reírse a su costa.—¿Y el año pasado, cuántos tenías?
El niño.—Siete.
El señor.—Pues entonces tienes quince; porque siete y ocho son quince.
El niño, muy descarado.—Y usted, ¿cuántas pierdas tiene?
El señor.—Dos.
El niño.—¿Y el año pasado?
El señor.—Dos, naturalmente.
El niño.—Fues usted es un burro, porque tiene cuatro piernas
Ki-ki-to.—Zaragoza.

En un campo de foot-ball, cuya valla está rota, interpela el juez de línea a una obesa señorita que se halla dentro de la línea de falta:

—Señorita, haga el favor de guardar la línea.

Victegio.—Bermeo (Vizcaya).

—¡Parece mentira que hayas despreciado a la hija del rey del bacalao y te hayas casado con Toña la panadera!

—¡Pero, hombre! ¿Crees tú que yo me iba a casar con una mujer que no "amase"?

Luigi di Tharascani.
Ramales. (Santander).

Se hablaba de viajes tras-oceánicos.

Primero.—Pues yo, a pesar de haber viajado en primera, en el "Leviatán", sufrí un horrible mareo...

Segundo.—Igual me sucede a mí; la última vez que embarqué en el "Julio Cesare" también me mareé atrocemente...

Tercero.—Yo también me suelo marear cuando me embarco...

Los dos primeros.—¿Tú?
¡Pero si tú no has visto el mar, ni sabes lo que es un vapor!...

Tercero.—¡Ah! Pero he montado muchas veces en los columpios.

Pietin.—Enguera.

—¿Cuál es el colmo de un renegado?

—Aproximarse a la taquilla de un kiosco y coger un BUEN HUMOR.

A. de la Fuente.
Mojados (Valladolid).

En una oficina:

—¿Qué significa esto, Rodríguez? ¿Quién es el jefe, usted o yo?

—¡Esgraciadamente, ya sé que no lo soy—responde el empleado.

—Pues si sabe usted que no es el jefe, ¿por qué dice tantas majaderías?

Maro.—Campanario.
(Badajoz).

Caminaba un baturro hacia un pueblo en el que se celebraba una feria, cuando, por habersele hecho de noche, tuvo que entrar en una posada que halló en su camino a reponer sus fuerzas y esperar al nuevo día.

Ya al tiempo de acostarse llamó al ventero y le dijo:

—Como todavía me queda un buen trozo de camino por andar, quiero marchar al romper el día; así que a las cinco de la mañana me llamará usted y entonces arreglaremos la cuenta.

—Yo soy muy comodón—respondió el posadero—, y reloj

SUSPIROS DE ESPAÑA

Vino de damas; exquisito para meriendas

Bodegas de LOS CEAS

no hay en la posada; en cambio, tengo un hermoso gallo que nos puede hacer ese servicio: canta tres veces; la primera, a las dos; la segunda, a las cuatro, y a las cinco la tercera; de modo que cuando oiga usted el terecr cántico, ya puede usted levantarse.

Así lo prometió el buen baturro; pero cuando a las dos de la mañana oyó que el gallo cantaba el "alerta", levantóse con presteza de la cama, y tan buena maña se dió que, encon-

Ya llegó la Primavera y con ella días de Sol que se pasan de primera en el «Restauran Rosón»

Avenida Reina Victoria, 6

trando al gallo, retorcióle cariñosamente el pescuezo, lo echó en su alforja y salióse presuroso de la posada.

Poco antes de llegar al pueblo adonde se dirigía encontróse con un amigo que le dijo:

—¡Chico! ¿Dónde vas tan temprano?

—¡A la feria, maño!

—¿Y qué llevas en esa alforja que tan repleta va?

—Pues mira—dijo el baturro

OZONOPINO

Ruy-Ram

TRICOPILO ESTRAGUES

sacando su víctima del zurrrón—. ¡El reló de la posada!
“¡¡¡Pa componelo!!!”
Tercos.—Sangüesa

En un teatro se produce un ligero escándalo a causa de lo mal que lo hace un tenor.

Un guardia se acerca a un individuo de los que más chillan y le invita a que se calle, a lo que responde el espectador señalando al tenor:

—¡Que se calle primero ese!
“Figg”.—Madrid.

—Señor director, ¿me da usted permiso para ir a enterrar a mi tío?

—¡Pero, señor López, todas las semanas entierra usted a su tío!...

—No, señor; esta no es más que la segunda vez.

Vicente de Castro.
Puente de Vallecas.

La Horra - Sombreros de señora
La Horra - Sombreros de niños
La Horra - Siempre novedades

La Horra Solo La Horra
Fuenarrabal, 26 y Montera, 17

Sucedido.

A continuación de una comida de Pascua.

La cocinera de la casa acaba de marcharse con mucha precipitación porque ha tenido noticias que una hermana suya se ha puesto enferma.

Entra la criada en el comedor, donde están de sobremesa los señores e invitados.

La señora de la casa.—¡Qué prisa llevaba Isidra, ¿de la incertidumbre no habrá comido?

La criada.—De eso no habrá comido, pero de pavo bien se ha puesto.

San Blas.—Madrid.

En una Diputación.

En el salón de actos está formado el Tribunal militar para celebrar el reconocimiento de quintos, pero estos no han acudido.

—¿Qué acuerdo tomarán los superiores?

—Pues muy sencillo, deberán cantar *La del Soto del Parral*.

—¿Por qué?

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE VIUDA DE CELESTINO SOLANO Primera marca mundial LOGROÑO

—Por aquello de:

“Dónde estarán nuestros mo-
[zos
que a la talla no quieren llegar.”

Enrique Soto y Soto.—Madrid.

Entre gente del campo.

—¡Hola, home! ¿Cómo está la tu mujer?

—Medianica está la pobrecica; miá cómo estará que la tién que dar el alimento por abajo.

—¡Atiza! Pues sí que tendrá que ser gorda la jeringa pa que pasen los garbanzos.

Tegaru. L.—Madrid.

Un vasco se caso y al siguiente día de la boda saludó, al levantarse, a su mujer con un terrible bofetón.

—¿Pero, qué te he hecho yo en este momento para que me trates de este modo?

—Nada, absolutamente nada, pero figúrate por la muestra lo que te haría si me diceses motivo. José Terán.—Madrid

Una suegra dice a su yerno:

—Confiesa que de buena gana me verías cien metros bajo de tierra.

—¡Qué atrocidad! Señora, no tanto: bastaría con un metro.

Carimen Truj “Dormido”.
Larache.

En el pueblo.

Un señor pregunta a un niño, refiriéndose al longevo maestro, que a penas puede andar por el peso de sus años:

—Oye, chico; pero, ese maestro ¿es de carrera?

—A juzgar por la marcha que lleva...

“Mas”.—Gijón.

—Hoy han operado otra vez a mi tío...

—¿Pues qué, no quedó bien en la operación anterior...?

—A medias: de los dos gemelos que se tragó, sólo le encontraron uno...

—Y si hoy no encuentran el otro ¿le operarán de nuevo?

—No; le compraremos otros gemelos...!

Hércules.—Enguera.

Estaban varios amigos discutiendo, cuando uno de ellos dijo:

—Yo me lavo las manos como Herodes.

—No seas así, que fué Pilatos.

—¿Pero es que Herodes no se las lavó nunca?

Quinquet.—Valencia.

Cosas de los padres.

—Estamos contrariadísimos; nuestra primera niña se llama Fe, a la segunda la llamamos Esperanza, y esperábamos a la tercera ponerla Caridad, pero ha sido un robusto varón...

—¡Pues hombre, no apurarse; ponedle Generoso!

Carlos Atienza.—Madrid

—¿En qué se parece un árbol a un borracho?

—En que principia con “una copa” y acaba en el suelo.

Trini.—Zaragoza.

En clase de trigonometría.

El profesor.—Señor Solano: ¿por qué factor hay que multiplicar esa igualdad?

Solano (titubeando).—Por... por... por...

El profesor.—¿Por qué factor?, señor Cazaña.

Cazaña.—Por seno de beta.

Solano.—Me lo has quitado de la boca.

Cazaña.—¿El qué? ¿El seno? Hombre creía que ya habías pasado la época de lactancia.

Ricardo Rodríguez Arana.

Bilbao

CUPON

correspondiente al número 334 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea



El camarero.—Caballero, me ha dado usted veinte céntimos menos.

Parroquiano.—Puede quedárselos de propina.

F. Ripalda.



CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

G. P. F. Madrid.—No puede ser de ninguna manera.

A. E. B. Bilbao.

Es su trabajo postrero mucho peor que el primero.

N. S. T. Melilla.—Ha llegado usted en malísima ocasión. Estamos hoy en un plan de exigencia que mete miedo, y no nos ha complacido su trabajo.

E. E. P. Madrid.

Su artículo está muy mal desde el principio al final.

S. H. Valencia.—El chiste es gracioso en lo que cabe; pero el dibujo es muy flojo y no cabe.

TRISTÍSIMA LISTA DE PRECIOSIDADES LITERARIAS, Y NOMBRE DE SUS EMINENTES ELABORADORES, QUE NO HAN PODIDO CONSEGUIR LA ENTUSIASTA APROBACIÓN CON QUE SOÑABAN.—*Romanticismo* (por Molinos de Rey, de Barcelona); *Casi, casi...* (por M. A. O., de Buenos Aires); *Un pobre espíritu* (por Papilio Fabiano, de Roma); *Pequeños epigramas* (por A. de A. y S., de Madrid); *El profesor Héctor Múel* (por Alarico Dórzan, de Valladolid); *Argumento francés* (por Lain Calvo, de Madrid); *Le barón de Chantemata* (por J. L. G. y F., de La Coruña); *Crimen horrendo* (por P. C. de la T., de Villacedré, provincia de León); *Guía del viajero* (por F. P. G., de Motril); *La conquista de una noche deliciosa y Los morrongos* (por E. M. C., de Cádiz); *La monomanía de Ripóllez* (por J. P. M., de Alicante); *Los peligros de viajar o el mozo y el militar* (por Kribe, de Vigo); *La corrida del lunes* (por M. de los A. S., de Barcelona); *El reloj* (por El mago del reloj, de Madrid); *El vizconde de la torre del león* (por Fakir, de Madrid); *La princesa está triste; ¿qué tiene la princesa?* (por K.-So, de Madrid); *Las cuatro sotas de la baraja* (por A. F., de Salaman-

ca); *Por qué odio el teatro y Defensa del mal tabaco* (por R. H., de Gijón); *Un caso de conciencia* (por 62, de Ceuta); *En Buenos Aires a las doce es mediodía...* (tango de costumbres) (por J. D. G., de París); *El señor de los dientes negros y El caboret* (por A. V. de L., de Madrid), y, finalmente, una quíscosa sin título, hablando tardíamente del ilustre Blasco Ibáñez (por Resignación, de Bilbao, que suponemos que sabrá resignarse ante nuestra decisión de dejar inédito su trabajo).

Mej. Madrid.—Uno de sus dos trabajos ha sido enérgicamente admitido y se publicará

con el mismo ímpetu, en cuanto se pueda. El otro, el de la gitana, es algo más flojo y no puede disfrutar de ese honor.

Lázaro M. J. Barcelona.—

Su cariñosa y encendida carta ha conturbado el ánimo de tal manera a nuestro dilecto amigo Ernesto Polo, que está reventando de orgullo y casi no nos habla. Lo único que nos ha dicho es que le demos a usted las más reverentes gracias por los desde luego inmerecidos ditirambos que le dedica, gracias que también le dan a usted los demás colaboradores de la revista, a los que menciona con tan sublime espíritu crítico. Por

nuestra parte procuraremos corresponder a esa desinteresada admiración, con todas las potencias humorísticas de que nuestra alma sea capaz.

Caso. Madrid.—No es que no le hagamos a usted caso, amigo Caso, pensando en que ya lo tiene usted hecho en el apellido. Es que sus dibujillos están todavía bastante verdes. *Confíando en que lleguen a madurar*, le aconsejamos que afine, a ver si llegamos a la solución que anhelamos todos.

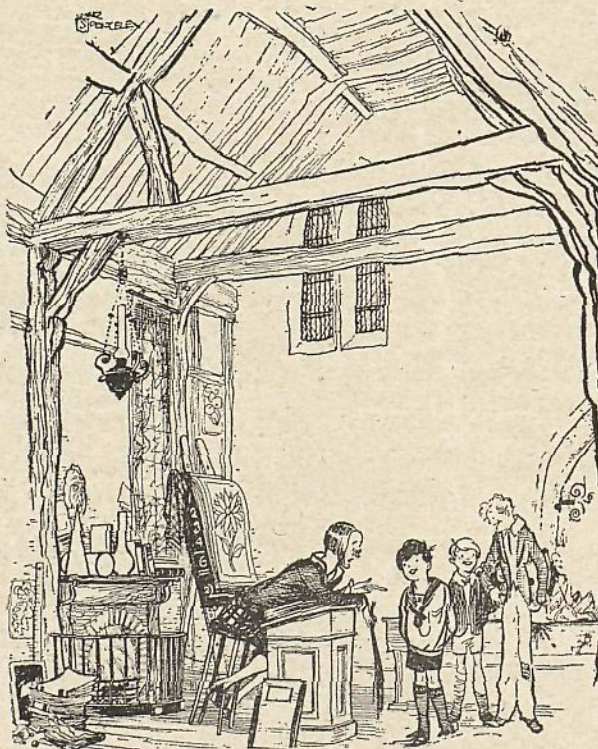
A. G. C. Barcelona.—Dibuya usted peor que Honorio Maurra, y para eso ya tenemos bastante con D. Honorio..., a quien además hemos jurado no publicarle nada, a pesar de las influencias con que nos está abrumando

B. B. D. Arévalo.—Atento amigo: no le extrañe nuestro sepulcral mutismo ante sus envíos, porque da la funesta casualidad de que aquí no contestamos a los caballeros pasatiempistas ni a los chistógrafos. Publicamos o no sus cosas, y en paz. *Con usted estamos haciendo en este momento una excepción; pero no lo volveremos a hacer más.*

J. T. E. Valencia.—No nos sirve el dibujo que nos remite, ni los dos cuentos que nos manda, ni los dos monos que nos envía para ilustrar los dos cuentos. ¿Por qué no nos ha mandado usted una caja de naranjas del grano de oro, que seguramente nos habrían servido? ¿Porque crea usted que nos apena mucho no poder admitirle nada! ¿En fin, otra vez será; sobre todo si envía usted algo sustancioso!

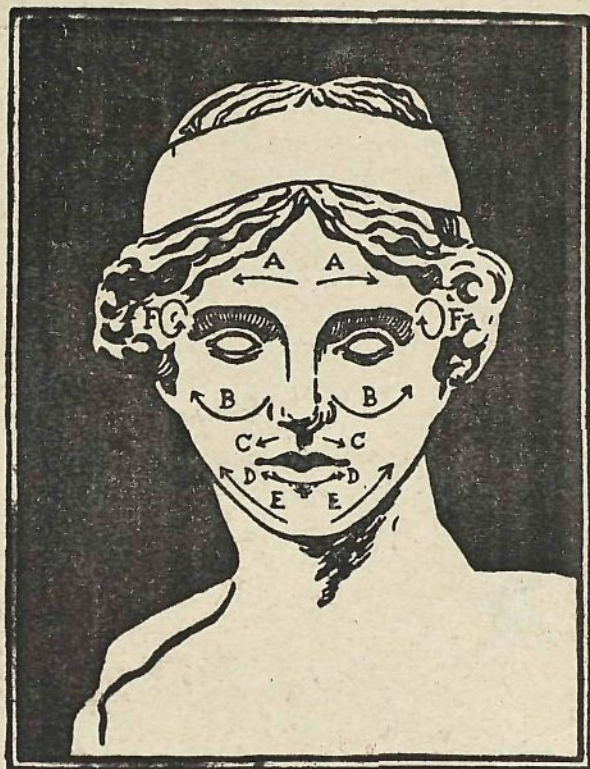
E. E. Z. Madrid.—Su trabajillo es deleznable, como ala de mariposa agonizante.

J. A. M. Burgos.—Su *Canto al paraguas* tiene una mala sombrilla que atufa.



De The Passing Show.

La maestra.—Tomasín; tu mamá compra un sombrero por 50 pesetas; otro, por 90; un vestido, por 200 y un abrigo, por 500, ¿cuál es el resultado?
El chico.—¡Una tremenda bronca con papá!



CREMA

LIDA

RECONSTITU- YENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

PRENSA NUEVA. Calvo Asensio, 3.—MADRID

BUEN HUMOR



RESTAURANT BARATO

Dib. QUINCITO.—Madrid.

—¡Camarero! ¡Le he pedido ya cien veces una botella de agua...

El camarero (gritando).—¡A ver! ¡¡¡Cien botellas de agua para este caballero!!!

Ayuntamiento de Madrid